

FULANA

Estoy cansada. No sé cómo seguir adelante. Soy peor que una fulana que se entrega a cambio de dinero. Yo lo hago por gusto. Sin dudarlo siquiera me entrego a todo aquel que me necesite. No me importa la edad, ni el sexo, ni la raza. Pero estoy tan cansada...

Recuerdo cuando conocí a Mario, todo un poeta moderno. Confieso que únicamente me atraen los artistas - bueno, alguna vez he sentido la necesidad de entregarme a algún científico, pero suelen ser tan fríos que no son grata compañía - los escritores, músicos, pintores, actores... Y ellos se sienten atraídos por mí nada más que me sienten cerca. Les atrae mi glamour, la delicadeza de mis sentimientos, mi capacidad para convertir un acto tan natural como el amor en la cosa más sublime. Soy capaz de enardecer el espíritu del más bruto introduciéndole en mundos desconocidos para él. Donde antes veía una simple flor, ahora verá la máxima expresión de la pasión; donde antes veía un molesto rayo de luna, ahora podrá ver cómo escribe palabras de amor suspiradas por su propio corazón. Y con cada uno de ellos voy dejándome la vida, puesto que una parte de mí opta por fusionarse con sus almas.

Conozco a Mario desde hace años. De él me atrajo fundamentalmente la pasión con que ardían sus sentimientos, la sensibilidad con que veía el mundo. Muchas son las tardes que hemos pasado juntos. Mientras él, delante de su mesa, escribía sonetos de amor, yo, por detrás, le abrazaba tiernamente, y acariciándole el pelo, le susurraba palabras de amor. Creo que es al que más quiero. Llevamos cinco años juntos y todo es cómo el primer día. Sí, es verdad, que cuando lo conocí ya estaba enamorado. A veces pienso que soy como una vampira de los sentimientos. Sólo me junto con gente rebosante de ellos, los necesito porque ellos me necesitan. Me gustan porque su pasión es inmensa, porque su corazón unas veces se consume en un infierno de amor no correspondido, mientras que otras se deleita con el placentero rocío de saberse querido. Pero arda por lo que arda, a mí me atraen de igual manera. No me importa que no me quieran a mí, simplemente, me dejo llevar. Hay quien pueda pensar que soy una lagarta, intentando quitarle la pareja a las demás. Quizás sea verdad y mi única finalidad sea esa. Porque es verdad, lo confieso. Me gusta ponerme al lado de todos ellos y susurrarles palabras. Cuando los veo tan enamorados, les hablo de amor, mientras que cuando los veo tristes, desconsolados por un amor no correspondido, les susurro palabras de odio en contra de aquella que los rechaza. Ya no sé por qué lo hago. Llevo toda la vida haciéndolo. Creo que es una necesidad de mi carácter. Es como si tuviese una enfermedad anímica y necesitase alimentarme de las pasiones de los demás. Pero ya no me importa.

Después de Mario, quien más me atrae en la actualidad es Sofía, la indiferente. La llamo así por su carácter. Cuando está con más gente, aparte de mí, se muestra tranquila, muy fría, carente de sentimientos, como si con ella no fueran las cosas, como si no le importase nada de lo que ocurre a su alrededor. Pero cuando nos quedamos a solas, tumbadas en la cama, abrazándonos como las más tiernas amantes, y cuando comienzo a besarle la frente intentando de esta forma penetrar en sus más íntimos pensamientos, lo que en principio era indiferencia se convierte en llanto, un llanto doloroso capaz de destrozar al más insensible. Porque Sofía ama, pero su amor es imposible. Lo sabemos las dos y por eso llora. Se me rompe el corazón al escucharle tararear las canciones nacidas de su dolor. Porque es compositora. Su música, espejo reflector de sus sentimientos, es siempre triste, desgarradora. Se me forma un nudo en la garganta cada vez que escucho un trozo nuevo, cada vez que tiembla de emoción entre mis brazos y canturrea un nueva estrofa. Mientras sus labios cantan, sus ojos lloran. Me da mucha

pena, pero yo no puedo entregarme por completo a ella. Yo soy del mundo. Porque pertenezco a todos, no pertenezco a ninguno. Además, aunque todos aceptan mi presencia e incluso, si notan mi ausencia, me llaman, nunca nadie me ha querido. Me siento sola. Estoy cansada. Yo también quiero sentirme querida, amada, necesitada. Estoy harta de dar apoyo moral a los demás. ¿Es que acaso no se dan cuenta de que yo también necesito que me apoyen, que me quieran, que me amen? Porque ninguno de ellos se preocupa lo más mínimo de mí, de lo que siento. A ninguno le importa. Son unos miserables egoístas. Pero no puedo dejarlos tirados, iría en contra de mi propia naturaleza.

Mario, Sofía, ¿quién va luego? Ah, sí, el pequeño José. A pesar de tener solo nueve años, llevamos saliendo dos. Es muy guapo. Me gusta sentarme a su lado y contemplarlo mientras pinta. De vez en cuando le hago un comentario sobre la pintura. Llevo muchos años dedicada al arte para poder aconsejar perfectamente a una nueva promesa. Cuando le conocí, aunque acababa de empezar a pintar, ya mostraba tener más delicadeza que el resto de sus compañeros por este arte, y ahora, creo que se le puede calificar perfectamente de genio. Si no lo abandona, como tantos otros han hecho, llegará a ser alguien en el mundo de la pintura.

Y después de Mario, Sofía, José, no puedo olvidar a Alberto, Juan, Ramón, Ana, Pedro, Pepi, Rodolfo, Irene, Carmen, y un sin fin de personas más. Todas ellas se limitan a abusar de mí, tomando trozos de mi espíritu y usándolo en su propio beneficio. Tanto me he entregado que ya estoy cansada. No sé si podré continuar por mucho tiempo. Pero es mi destino, y aunque, en ello me vaya la vida, continuaré así hasta el final. La vida de una Musa es muy dura. Siempre inspirando a los demás. Pero ¿quién me inspira a mí?

Autor: AMLP